

fundo le espanta. Este espanto no se podría explicar solamente por una inaptitud de comprensión; muchas veces tiene evidentemente por causa el temor; si reconociese un sentido profundo, tendría que abandonar el terreno de explicación natural, y conceder de este modo á la Sagrada Escritura alguna cosa que no le pertenece fuera de la hipótesis de su santidad. Así quiere á toda costa desembarazarse de los pasajes que prueban que el particularismo israelítico no era, en su principio, lo opuesto al universalismo; que al contrario era su base y su preparación; y que si la Providencia concentraba su acción en una esfera limitada, era por llegar á destruir todos los límites (1).

¿Se debe admitir un sentido poco probable en el punto de vista puramente natural? Como conduciría este sentido á nuestro autor á un terreno en que no se halla á gusto, no puede decidirse á él, y prefiere traspasar groseramente las reglas del lenguaje. Algunas veces es llamada á un punto increíble su incapacidad para la exégesis teológica. Sus observaciones sobre la caída del primer hombre manifiestan de un modo palpable, cómo una exégesis de este género debía preparar los ánimos á la interpretación mística y á la negación de la autenticidad del Pentateuco.

Esta historia está trasformada por él en una caricatura absurda. Considerada bajo esta falsa apariencia, no podía ser considerada mucho tiempo como una historia real; después de algunos momentos de reflexión debía pronunciarse inevitablemente su proscripción (2).

(1) Con motivo de este pasaje, cap. 12, v. 5, del Génesis: « Todos los pueblos de la tierra serán benditos en ti, » donde se demuestra claramente la tendencia al universalismo hasta en la vocación de Abraham, propone este comentario: « Tuo nomine exprople prolo benedictiones apud plurimos Orientis populos concipientur; his aut similibus verbis: Benedicatis tibi Deus, ut benedixit Abrahamo. »

(2) Sobre el cap. 2, v. 9, hace las observaciones siguientes: « Ut arbor vite potest esse arbor cujus fructus essent ALEXANDRII seu medicati: ita arbor prudentia erit arbor venenata, quam vitare prudentium est, et cujus gustato fructu imprudens fit prudentior. Hujus generis plures arbores esse poterunt, quemadmodum plures sunt medicamentorum species. » — Sobre el cap. 5, v. 7, dice también: « Amborum oculi aperti sunt; idem, postquam illicitum fructum comederunt, animadvertunt quod antea in animo non revocaverant; nempe aut se sibi divinam iram conciliasse, aut intestinum dolore fructus illius usum esse noxium, nedum ut ex eo emolumentum ingens, ut speraverant, ad se rediret. » — Sobre el cap. 5, v. 24, dice: « H. Grotius existimat hic esse EN DIA DYAIN te dici Cherub et flammam gladii, ANTI TOY Cherub, id est, flammans gladius; flammumque gladium interpretatur ignes ex bituminoso Babylonis agro accensos, per quos solos dabatur aditus in paradysum qui proinde Adamo eo pacto clausus erat. Crediderim potius hoc voluisse Mosem: Deum scilicet angelos misisse qui Babylonicis aut similis agri

Estamos tentados á creer que Le Clerc ha querido ridiculizar la Sagrada Escritura, é insinuar, inventando los absurdos que contiene, que el sentido histórico debía abandonarse. En todo caso, si no ha sido este para él un proyecto arriesgado, al menos es un sentimiento vago de la naturaleza el que le ha dictado sus palabras: *Dictámenes de algunos teólogos holandeses sobre la historia crítica del antiguo Testamento*, por Ricardo Simon (Amsterdan, 1685); ataca la autenticidad del Pentateuco apoyándose en las señas supuestas de tiempos mas modernos y sobre las pretendidas contradicciones históricas; y la retractación de estos ataques que ha hecho posteriormente en su *Comentario*, no deja de ser sospechosa. Sea de esto lo que quiera, es difícil creer que los argumentos en que está basado, hayan podido ellos solos hacerle tomar una determinación tan aventurada en esta época. Era necesario que otras consideraciones diesen importancia á estos motivos, que sin ello hubiese reconocido fácilmente la insuficiencia. Siempre es cierto que era absurdo persistir en semejante exégesis, cuando ha manifestado el tiempo sus consecuencias, y sostener no obstante la autenticidad del Pentateuco. Admirámonos con razón de ver á Rosenmuller convertirse en defensor de esta autenticidad, el que en su crítica de ningún modo se elevó nada sobre Le Clerc, sino que lo copió completamente.

Algunos pasajes del tratado *De lingua hebraica* acaban de caracterizar esta exégesis, cuyos comentarios tuvieron una influencia tan extensa como durable. Colocado en un terreno enteramente pagano, considera á los escritores sagrados desde la altura de su grandeza; siendo su belleza sublime toda interior, no la sospecha, y no halla en ellos ningún mérito de forma; aun si hubiera tenido la imaginación y la sensibilidad de Herder, hubiese al menos, como este gran poeta, concedido á los libros inspirados un modesto lugar al lado de la literatura moderna; pero no (1); y obsérvese bien, sus in-

bitumem accenderent, eoque quasi flammeo gladio ad arce-dos homines uterentur. »

(1) Véase la pág. 7: « Poeticen pro lingua suae ingenio paulo magis coluerunt et plurima in canticis eorum leguntur graviter et ornate dicta; sed unde magis videas, quid facere potuissent si studium, quantum apud alias gentes allatum est, adhibuissent, quam ad eloquentiam pervenisse intelligas. » — Pág. 8: « Omnes rhetorum canones, etiam eos qui non ex variante hominum arbitrio pendunt, sed certi et omnibus gentibus communi ratione, nituntur, spernunt...; necessariis carent et superfluis abundant. » — Pág. 9: « Ordinis, temporis et rerum magna ratio ab hebraeis non habetur. Sic quae de divisione gentium habentur. » *Gen.*, c. 10.

terpretaciones temerarias no se dirigen solamente, dígase lo que se quiera, á los accidentes de la forma exterior, sino á las expresiones que pertenecen íntimamente á la esencia misma de la doctrina; manifiestan cuán extraño fué á esta doctrina, y á qué punto ella le abandonaba.

III. J. David Michaelis sucedió á Le Clerc. Debemos examinar aquí de un modo enteramente particular su *Derecho mosaico*, lo mismo que sus *Observaciones para los rústicos*. Su influencia ha sido todavía mucho mas grande que la de su predecesor; la exégesis de este último ha sido en efecto considerada generalmente como la de un filólogo profano que no debía tener autoridad mas que en las cosas de su alcance. En consecuencia, la exégesis teológica arrojaba sobre él una mirada desdeñosa, y seguía su camino sin alterarse. Sin embargo, se manifestaba incapaz de hacer importantes servicios, y por esto mismo no tuvo el poder de paralizar la acción religiosa de Le Clerc (1). J. D. Michaelis, al contrario, trata de hacer su exégesis casi dominante, de modo que los resultados á que llega pueden considerarse como recibidos comunmente en la época de la crisis. Lo que se le oponía era ridiculizado y en parte con razón, porque es de lo mas torpe, imbecil y rancio; podemos asegurar positivamente, que Michaelis, quitando á los escritos bíblicos las bases de la autenticidad, ha dañado mas á esta autenticidad que los que después la han combatido abiertamente; y en vano es que después de haber destruido la raíz del árbol, haya combatido con celo á los que no atacaban mas que la corteza.

En su interpretación del Pentateuco, desempeña siempre el papel de un apologista; á los ataques de los deístas ingleses, y de los ateos franceses, opone la excelencia de la ley mosaica; pero como la excelencia de esta ley escapa á su penetración, despoja á Moisés del mérito real que le pertenece, y le atribuye otro que nunca ambicionó; aun este supuesto mérito es mas á propósito para hacer sospechar que para establecer su carácter de enviado de Dios! Si se adoptan como verdaderas sus conclusiones, Moisés será poco mas ó menos un hombre seme-

deben, v. 9, cap 11, postponi, etc. — « Fugienda est omnis turpitudine earum rerum quas eorum animos qui audiunt, trahit similitudo. Per hunc canonem dicere non licuisset Deum esse virum bellicosum, Deum excitari quasi dormientem, etc. »

(1) Hengstenberg, en este pasaje como en todo lo demás de esta disertación, no ha visto mas que su país, es decir, la Alemania protestante.

jante al caballero Michaelis. Así que nos parece soberanamente inverosímil que haya sido apoyado con milagros y profecías.

Las máximas políticas de Michaelis no habían germinado en un terreno cristiano; las había robado á la política atea de esta época; los escritores franceses habían sido sus maestros. Atribuyendo sin pudor semejantes principios á Moisés, lo hacia descender á un lugar donde se esperaba encontrar á cualquiera otro que á un enviado de Dios. La seguridad con que habla y el servicio que cree haber hecho con esto á la causa de la religión, son hechos para hacer con frecuencia asomar la risa á los labios. « Moisés, dice, ha rendido de tal modo homenaje á esta máxima, *El fin santifica los medios*, que muchas veces se ha valido de la religión para conseguir sus fines (1). » Por ejemplo, prohíbe que se cueza un cabrito en la leche de su madre; ¿sabeis por qué? Es que como hombre instruido queria dirigir á su pueblo estúpido á que cociese sus cabritillos, no en leche que era de mal gusto, sino en aceite que era muy agradable. Estaba también prohibido en la ley comer la grasa y la sangre, y esto bajo el pretexto de que estas cosas estaban reservadas para los usos del culo, lo que las santifica y consagra; pero el verdadero motivo es únicamente que la costumbre de comer pedazos gordos y el uso de la gordura cocida ó asada, son perniciosos para un pueblo en el que son epidémicas las enfermedades de la piel, etc. (*Compar.*, t. 4, § 171, p. 205.) Estos ejemplos son verdaderamente los mas groseros y mas manifiestos; pero no son los únicos. Otro es el que se halla en todas las páginas del libro. Michaelis es á la vez adversario del derecho divino, defensor del poder *ilimitado* de la autoridad temporal. Esta, segun él, existe por gracia del pueblo, y por este título tiene el derecho de mandar á todos, mientras que el derecho divino está siempre limitado y reducido á cierto círculo. Nuestro autor atribuye á Moisés esta opinión tomada del ateísmo moderno, y en tal extensión que llega á ser absurda y risible.

Por todas partes se ve en Michaelis el temor de abandonar el terreno que le es co-

(1) Sobre esto se expresa abiertamente de un modo general, t. 1, § 15: « Observo principalmente, dice, en la sabiduría legislativa de Moisés, cierta destreza inusitada en nuestros días, y que quizá no se logre mas. Es observada mucho mas religiosamente la ley cuando se la une á la virtud ó á la religión, disimulando su verdadero objeto, y cuando se le da una dirección ó una importancia moral.... Los lieros vestigios de la sabiduría legislativa de los egipcios que han llegado hasta nosotros, prueban que aquel pueblo empleó muchas veces este medio. »

mun con sus adversarios, no solo por el temor que no le sigan mas allá, sino sobre todo porque él mismo no está á gusto mas que en este terreno. Preparó con esto un triunfo fácil á sus adversarios en todos los puntos que no pueden justificarse mas que á la vista del que tiene un vivo sentimiento de la Divinidad. Partiendo del punto de vista puramente natural, toda su sagacidad y penetracion llegan á lo largo á ser insuficientes para disimular la debilidad de su exégesis; y por las concesiones que hacia tratando de explicar las cosas sobrenaturales, daba á entender que el sobrenaturalismo no podia defenderse (véase especialmente t. 1, § 65). Combate el derecho divino de los israelitas en la Palestina, y se esfuerza en vano con sofismas de abogado para probar su derecho humano en este territorio. Aun no sospecha lo que forma la esencia de la teocracia. La decision por los oráculos, la presencia de Dios en una nube, etc., fenómenos exteriores por los que ha debido manifestarse el gobierno divino, están casi enteramente limitados por él al tiempo de Moisés; y en el aislamiento que los coloca, aparecen de un modo tan extraño, tan confuso, que no han podido sostenerse contra los ataques de la interpretación rústica. Con motivo del pasaje del Éxodo, xix, 6, donde Israel es llamado *un reino de sacerdotes*, hace esta observacion: « Este modo de expresarse parece haber sido tomado del Egipto, donde los sacerdotes no tenían grandes privilegios, donde poseían tierras libres de todo tributo, y donde estaban además sostenidos á expensas del Estado. » Como si el que tenía tan pocas ideas de lo que era el pueblo de Dios, hubiera podido reconocer la esencia del Dios histórico, del Dios que habitaba en medio de su pueblo. La antinomia entre el antiguo Testamento y el paganismo es siempre considerada por él del modo mas superficial, y no ve en ella mas que la oposicion del monoteísmo y del politeísmo. El objeto final de la ley es para él un objeto negativo: el de impedir la idolatría. Pierde enteramente de vista el objeto positivo, el de producir una viva conciencia de Dios. Teniendo una idea tan poco elevada de la misma naturaleza de la religion mosaica, es natural que no la vea con gusto reclamar derechos. Así es que trata sin cesar de buscar un objeto dietético medicinal, ó de buen orden, ú otro semejante á toda ley ritual, incómoda ó fatigosa, y á demostrar que los levitas, ora como médicos, ora como agrimensores ó sabios, tenían derecho á emolumentos, que sin esto

hubieran sido mas considerables para los simples ministros de la religion. Mas hé aquí otro ejemplo que manifiesta todavía mejor cuán poco comprendia la importancia de la religion. *Apéndice á la religion de Moisés* en el diario de Ammon y de Berthold, t. 4, p. 356. Trata de probar que un gran número de siervos de Abraham habian debido ser circuncidados anteriormente á la época en que Dios prescribió este rito al patriarca; en efecto, dice, si hubiese sido de otro modo, se hubiera interrumpido todo el trabajo lo menos ocho dias; no se hubieran podido llevar los rebaños á pastar.

Es sin embargo digno de observacion que Michaelis, partiendo de su punto de vista *naturalista*, no haya tocado al conjunto del Pentateuco, y no haya ensayado dar una aplicacion natural mas que allí donde le habia precedido Le Clerc. (Por ejemplo en el *Éxodo*, c. 14.) Esto se explica fácilmente por otro lado, si se reflexiona que lejos de ser brusca la transicion de la antigua creencia á la explicacion natural de los milagros, y despues á la negacion de la autenticidad, fué lenta y casi insensible. Hubiera necesitado romper abiertamente con la opinion, y ni podia ni queria, porque aun estaba adherido á la antigua fe, ora por educacion, ora quizá por un resto de piedad, ora en fin por el espíritu que dominaba generalmente en la época mas fecunda de su vida.

Por estrecho que sea el vínculo entre esta degeneracion de la exégesis y la negacion de la autenticidad, sin embargo se necesitaron causas poderosas para hacer pasar de una á otra en el último cuarto del siglo XVIII, y para hacer este pasaje casi general. Sin ellas, se hubiera detenido esta fatal consecuencia por la fuerza del hábito, ó se hubiera efectuado una reaccion en el dominio de la misma exégesis. La degradacion progresiva de esta ciencia indica suficientemente la existencia de causas preparadas en el silencio mucho tiempo antes. Esta degradacion no era accidental; tenía sus raices en un espíritu nuevo que se propagaba mas y mas, y cada día tomaba idea de su porvenir. La negacion de la autenticidad no podia pues atenerse solamente á la alteracion del sentido, el espíritu del siglo debía tener tambien en ella una influencia directa.

En una época mas antigua, se habia tenido un gran respeto hácia lo pasado, y por lo mismo hácia la tradicion histórica; este respeto era en general una consecuencia de humildad. Combatiendo muy vivamente lo pasado, se hubiera creído destruir las raices

de su propia existencia. No se pretendia formarse sin modelo y únicamente por sí mismo. Pero aquí, como en todas partes, el abuso y la exageracion se habian adherido al buen principio. No faltaban hombres que ejercian la crítica histórica con un espíritu libre de preocupacion; sin embargo se habia tenido un respeto excesivo á todo lo que se presentaba con el título de historia. Muchas veces se rehusaba entrar en el dominio de la crítica por un temor secreto del término donde irian á parar.

Este respeto por la historia se debilitó cada vez mas en la segunda mitad del siglo XVII, en Inglaterra, Holanda, primero en Francia, despues en Alemania en seguida de la venida de Federico II. En este último punto, el gusto de la negacion, despertado una vez, tomó una forma muy peligrosa, por un sentimiento personal de orgullo; cuanta mas fe se tenía en la superioridad de lo pasado, con tanto mas derecho se creían para tratar sin respeto á sus monumentos. En todo caso se creía tener poco que perder, y crecía la presuncion á medida que se conseguía destruir algun edificio venerado de los antiguos. Al crugido de las ruinas, se respondía con gritos de triunfo. Añadid á esto que el amor iba tambien disminuyendo, el amor que tiene el poder de extender, de alagar nuestra individualidad, adoptando extrañas individualidades; y con este amor se perdían las fuerzas de la inteligencia; se creían en derecho de no admitir lo que no eran capaces de comprender.

Este cambio general en la disposicion de los mismos con respecto á la historia, no debe nunca perderse de vista cuando se investigan las causas del descrédito en que han caído los libros santos, y especialmente el Pentateuco. Ya lo han hecho observar otros; todo lo que especialmente se aplica á estos libros descansa en una idea general; por ejemplo, los sistemas levantados contra Homero son produccion del mismo terreno en que han germinado las hipótesis dirigidas contra la Sagrada Escritura. Esto lo observa perfectamente Schubarth: « Se creyó poder buscar en su propio fondo todo lo que compone y conserva la vida. La tradicion, de la que hasta entonces se estaba acostumbrado á sacar consejos, ilustracion, educacion, doctrina, debió naturalmente perder mucho de su crédito y de su importancia. Un espíritu de contradiccion violenta, temeraria hasta la impudencia, se levantó contra ella cada vez mas, y esta misma tendencia al aislamiento, que trata de desembarazarse

de una sujecion opresora con respecto á los libros santos, atacó despues á toda clase de tradicion, para ponerla enteramente á su lado. » *Ideas sobre Homero y su siglo*, p. 236.

Las causas generales que hemos indicado están distantes de explicar completamente los ataques dirigidos contra el Pentateuco; pueden hacer concebir la negacion de su autenticidad, como una pretension pasajera, como una tentativa de individuos aislados; pero todavía no nos dan razon de la terquedad con que se persevera en esta negacion, y aun menos del inmenso resultado obtenido con una empresa temeraria.

En efecto, el periodo de duda en todo y sobre todo no tuvo mas que una corta duracion en la esfera de la literatura profana; si no está enteramente destruida esta falsa tendencia, no se observan sus síntomas mas que en un pequeño número de escritores. Los *criterios externos* han recobrado una parte de sus derechos, y se ha obrado con menos consideracion con respecto á los *criterios internos*. Antes de juzgar, trátense de comprender. A falta de motivos mas serios, nos conduce el orgullo, aunque no sea mas que para cambiar y volver á edificar lo que el orgullo ha demolido; con el tiempo se restituye á cada uno todo lo que se le habia quitado injustamente. ¿Quién no conoce el extravío que han tomado en estos últimos tiempos las investigaciones sobre Homero? Véase el *Pentateuco en relaciones con la literatura*, p. 419. Existe una diferencia esencial entre los antiguos representantes del escepticismo y los del día. Donde los primeros no veían mas que desórden y acaso, estos reconocen unidad profunda, conjunto orgánico. Mas sucede lo contrario con respecto al Pentateuco, contra el que se reproduce constantemente la objecion absurda de su composicion fragmentaria.

Habiase disputado si el octavo libro de Tucídides era de él, por la diferencia que existe entre este libro y los demás. Segun Nieburh, es cortar el nudo gordiano, el dar un juicio arbitrario y poco sensato. « Creo, dice (véanse sus *Petits écrits*, p. 466), que en esto es necesario reconocer mas bien el sentimiento perfecto del decoro que poseía este gran escritor. Lo mismo que el tono majestuoso y digno se eleva cada vez mas hasta el momento de la catástrofe que se verificó en Sicilia, tambien del mismo modo la narracion toma un tono diferente desde que la misma historia pierde de su grandeza.... Un escritor mediano se creeria en la obligacion de conservar el mismo y solemne tono. Tu-

cidides hubiera tomado de nuevo el estilo majestuoso á fines de la guerra y durante la tiranía; pero el tiempo de largos padecimientos, durante el cual estaba todavía indecisa la lucha, debia ser referido de un modo mas modesto. » ¡Cuánto mas fácil es de explicar la diferencia de exposicion, marcada entre el Deuteronomio y los demás libros del Pentateuco, por criterios internos! ¡Cuánto menos necesaria es, en orden á este libro sagrado, la sagacidad desarrollada aquí por Nieburh! La causa de la diferencia en cuestion se presenta por sí misma á todo espíritu libre de preocupacion, y si se desecha secamente, si se apresuran á deducir la diversidad de autores, es que evidentemente hay en esto juego de intereses á los que es extraña la literatura profana. Creemos poder asegurarlo, una crítica tan pueril y arbitraria como la de Wette, si se hubiese dirigido contra una obra desprovista de todo carácter religioso, no hubiera servido mas que para procurar á este exégeta la triste celebridad de un Hardouin. Suponed igualmente que Vatke hubiese creído conveniente ejercer su sagacidad, no sobre el Pentateuco, sino sobre Herodoto por ejemplo, sin duda alguna, su libro hubiera bajado al sepulcro del olvido al salir del seno que lo hubiese concebido.

Un gran número de los que en tan alto grado ponen en duda la autenticidad del Pentateuco, manifiestan en otras circunstancias una incapacidad sorprendente para la crítica histórica. En mas de un caso, se les halla dispuestos á admitir la autenticidad tan fácilmente y por motivos tan leves, que jamás un exégeta de la antigüedad pudo haberlo, y esto nos manifiesta cuán suficiente es la tendencia de nuestro siglo al escepticismo para dar la solucion de nuestro problema. Volney, por ejemplo, niega al Pentateuco toda base histórica, y esto con una audacia digna de Voltaire; da en el c. 14 de sus *Investigaciones sobre la historia antigua* este título derisorio: *Del personaje llamado Abraham*. Y bien, al mismo tiempo no duda apoyarse en el pretendido crítico Sanchoniathon, al que los críticos de tiempos menos envanecidos de sus conocimientos hace mucho tiempo que arrancaron la máscara; le sirve como de caucion sólida, y es para él como la piedra de toque en la que deben probarse todos los demás monumentos (1). Escritores mucho posteriores, como Nicolás de Damasco, Alejandro Polyhistor, Artapano,

(1) Oigamos, dice, oigamos á Sanchoniathon, que escribió cerca de trece siglos antes de nuestra era, etc. » T. 1, p. 66, Brusélas.

cuyas admirables narraciones no son evidentemente mas que un eco de la tradicion judaica, y que en consecuencia no tienen ningun valor por sí mismas, le parecen sin embargo de una alta importancia, y á propósito para prestar armas contra la veracidad de la Historia santa. El crítico alemán, que ha logrado mejor disimular el interes teológico de que estaba preocupado con fundada esperanza del buen resultado, trata de *simple* el cargo de prevencion dogmática que le era dirigido. Gesenio, por último, ha demostrado á vista de la Europa entera, cuán fácil le seria reconocer la autenticidad del Pentateuco, si el asunto no se decidiese mas que ante el tribunal de la conciencia histórica. Al principio cayó en un lazo que se habia divertido en tenderle un autor francés, dando como antigua y recientemente descubierta una inscripcion nuevamente inventada. Gesenio reconoce en esta inscripcion un monumento importante para la historia del gnosticismo, é hizo un comentario sobre ella, de *Inscriptione nuper in Cyreanicá repertá*. Apenas habia pasado la contrariedad que debió causarle la confesion de su error, confesion que no le fué posible diferir cuando Boek, Kopp y otros muchos descubrieron el fraude; apenas se habia preparado á hacer olvidar este desprecio por importantes trabajos paleográficos, cayó en otro embarazo mayor. Lo que le habia sucedido anteriormente con algunas lineas, le sucedió despues con un libro entero (1). ¡Qué distancia entre el jóven alumno de medicina de Brema, Wagenfeld, y el viejo Sanchoniathon! Si el salto de Wagenfeld hasta Filon era ya peligroso, ¡cuánto mas no lo seria este último hasta Sanchoniathon!

Podemos concluir de lo que precede, que la solucion del problema propuesto al principio de la disertacion presente, debe hallarse en otra parte que en el dominio comun á toda literatura; mas hé aquí aun otra prueba importante, el juicio de los historiadores modernos sobre el Pentateuco, lo mismo que el de todos los sabios que no son teólogos, es esencialmente diferente del de los teólogos (2). La razon de este hecho es que el teólogo cierra los ojos á todo, hasta que haya examinado qué relaciones existen entre un escrito y sus propias presunciones teológicas, y cómo todo cuadra mal ó bien con ellas. Por el contrario, el historiador, aunque divida

(1) Hengstemberg alude en este lugar á un pretendido manuscrito de Sanchoniathon, publicado por Wagenfeld.

(2) Se trata únicamente de los teólogos protestantes, que han tratado de substituir la filosofia al cristianismo.

estas presuposiciones, no está en general dominado hasta el punto de dejarse lastimar su conciencia histórica y hacer traicion á la historia. Es bastante importante el negocio, nos obliga á hacer conocer esta diferencia de posicion por algunos ejemplos. Aun en nuestros dias, ganaria la victoria el Pentateuco, y seria universalmente recibido como auténtico, si no correspondiese mas que la exégesis histórica y si no hubiese que temer mas que los únicos efectos de la propension general al escepticismo. Esto resulta evidentemente de los hechos que vamos á exponer. Mas para conocerlo bien, es necesario recordar sobre todo, que los teólogos han hecho todos sus esfuerzos para desfigurar el punto de vista á los ojos de los historiadores, que por falta de conocimiento de la lengua hebrea, y por la grandeza del asunto que abrazan, están en muchos conceptos bajo su dependencia. Por otro lado, estos historiadores experimentan siempre algo de influencia de las presuposiciones teológicas que pertenecen al espíritu del tiempo, y que indicaremos despues.

La posicion tomada por Heeren frente por frente al Pentateuco, es para llamar desde luego nuestra atencion. Evidentemente ha evitado con intencion el explicarse sobre este libro de un modo preciso y completo. Esta misma precaucion es una prueba sensible de la desconfianza que le inspiraban las investigaciones de los teólogos. Sin dejarse deslumbrar por su aseveracion, quiere esperar cuál es el fin del proceso. En lo que ha llegado á su conocimiento, no ve nada que le haga considerar al acusado como culpable. El grito de *crucifige*, lanzado por los teólogos, no le altera. En todas sus obras no se halla un solo pasaje que haga sospechar de un dato histórico del Pentateuco. Cuando lo cita, lo que sucede muy frecuentemente en el volumen de las *Ideas*, que trata del Egipto, se vale de él como de una fuente enteramente segura. En la *Hist. de la antigüedad*, 4ª edic., p. 40, reconoce como históricamente comprobados los principales hechos del Pentateuco. Lo mismo en la enumeracion de las fuentes de la historia egipcia, *ibid.*, p. 58, observa que las narraciones de Moisés, aunque no compongan una historia seguida, contienen al menos una fiel pintura del estado en que se hallaba el Egipto. Despues indica como objeto de una exposicion oral subsiguiente: « la importancia y las ventajas de las relaciones judias, en cuanto son puramente históricas. » Pero una declaracion enteramente reciente de Heeren, en un anuncio del tomo 2º de la obra publicada

por Rosellini sobre el Egipto, es muy notable, *Gott.*, año 1835, p. 1328. « No podemos, dice, terminar este anuncio, sin manifestar que el voto del capítulo 70, de la p. 254, con la lámina concerniente del atlas, *monumenti civili*, n. 49, y que representa la preparacion de los ladrillos, sea sometido al exámen crítico, imparcial, de algun sabio oriental. Si este monumento representa los trabajos de los hijos de Israel durante su servidumbre, entonces seria tan importante para la exégesis como para la cronología; para la exégesis, en el sentido de que seria una prueba manifiesta de la alta antigüedad de los escritos mosaicos, y especialmente del Éxodo, cuyos capítulos 1 y 5 describen estos trabajos del modo mas fiel, aun en los detalles accesorios; para la cronología, porque habiéndose construido bajo la décima octava dinastía, y durante el reinado de Thoutmes-Meris, mil setecientos cuarenta años antes de Jesucristo, prestaria tambien datos ciertos lo mismo para la historia profana que para la Historia santa. Despues de las inscripciones que, como de costumbre, están colocadas aquí encima de las figuras, se halla el sepulcro de un intendente de los edificios reales de Egipto, llamado Rochseré. » La autenticidad de los escritos mosaicos debe presentarse muchas veces, bajo un aspecto bien favorable, al espíritu del que en nuestros dias hace hablar así en su favor este testigo salido de la tumba. Seguramente un teólogo hubiera cerrado la boca á este malhadado testigo. Como aquel negro que sin otra forma de proceso puso en el ataud á un hombre cuya muerte no era mas que aparente, y que tratando de levantarse le hubiera dicho: « Tengo en mi bolsillo la prueba escrita de que estás muerto. »

Despues de Heeren, hallamos á J. de Muller. Este ha reconocido constantemente la autenticidad del Pentateuco: aun antes de que sus opiniones religiosas fuesen completamente desenvueltas, expresaba ya su conviccion con respecto á esto. La autenticidad era un hecho averiguado para el historiador, cuando todavía no habia alcanzado la fe de cristiano. Su espíritu no estaba formado para los *criterios internos*; por esto se explica fácilmente lo que puede parecer una dificultad. *Hist. univ.*, 3ª edic., t. 1, p. 444. La ley ritual, en la que han creído ver los teólogos un monumento de la astucia sacerdotal, un cuerpo de máximas formuladas en un tiempo en que habia desaparecido el espíritu religioso, *De Vette*, pág. 279 y sig., la ley ritual le parecia perfectamente digna de un enviado de Dios,